

ILUSTRACIONES CON RECORTES DE PERIODICOS

EL SOCIALISMO (continuación)

IV. RESULTADOS DEL SOCIALISMO EN LA U.R.S.S. Y PAÍSES SATÉLITES

El economista soviético Gennadij Ozerov, recién exilado a Italia, publicó en la revista PROSPETTIVE NEL MONDO, un artículo que reprodujo IL TEMPO el día 13 de octubre de 1976, con el título "U.R.S.S., UN SISTEMA QUE NON FUNCIONA", del que traducimos algunos párrafos.

«Me piden que diga algo acerca de la situación económica de la U.R.S.S...., y quiero prevenir, ante todo, que es extremadamente difícil efectuar un discurso económico sobre la economía de mi país..., por una razón muy sencilla: todos los entes y todos los institutos operan con datos totalmente inventados o ajustados según las exigencias políticas del momento...

»... ¿Cómo puede hacerse comprender que entre nosotros la realidad ha sido completamente abolida, que vivimos en una perenne mentira a uso y consumo de nuestros dirigentes? Si nuestro país no fuese tan inmensamente rico y nuestro pueblo tan terriblemente paciente, haría tiempo que el Estado soviético habría simple y miserablemente quebrado...

»Tomemos, por ejemplo, la famosa cuestión de la desocupación, caballo de batalla de la propaganda soviética, y caballo que rinde mucho, porque por ella nuestros operarios creen aún, en parte, que el régimen soviético tiene esta ventaja sobre el régimen capitalista: no hay paro.

»Pero, ¿cuál es la consecuencia? Por lo regular, siempre hay cuatro o cinco personas que desarrollan una labor destinada a una sola persona, lo que repercute en la remuneración, que para muchísimas categorías es parejamente más baja que los subsidios para los parados en los países económicamente desarrollados.»

Refiriéndose a la iniciativa privada, hace observar:

«... Es interesante que, cerrada la puerta, haya metido la cabeza por la ventana, aunque se finja ignorarlo. Un ejército de al-

bañiles, electricistas, fontaneros, mecánicos, etc., trabaja por su cuenta en las horas libres, de noche, en los días no laborables, y esta labor, pagada directamente por los clientes según las normas del mercado inmediatamente autocreado, se desarrolla bien y rápidamente.»

En cuanto a la agricultura:

«Más del 98 % de las tierras agrícolas de labor corresponde a los *sovchos* y a los *kolchoz*, es decir, al Estado; y alrededor del 2 % corresponde a los llamados "poderes personales", minúsculas parcelas de tierras asignadas a los ciudadanos *kolchozianos*, a quienes corresponden sus productos. Tienen el derecho a cultivarlas únicamente después de haber trabajado el número de horas prescrito en las tierras del *kolchoz*.

»Y, así, el 30 % del suministro del país de productos agrícolas proviene precisamente de estas "factorías en miniatura".»

La carestía de artículos de primera necesidad también es subrayada. Y llega a esta conclusión:

«He reflexionado largamente y he llegado a la conclusión de que este nuestro sistema, en el cual el bienestar no se basa en el dinero sino en la cesión incondicional de la propia persona a un mecanismo político ideológico en el cual nadie cree ya, es infinitamente más inmoral y vicioso que el occidental. Y, por añadidura, no funciona.

»... *Es el sistema lo que no funciona*, el socialismo no resuelve realmente los problemas: proclama triunfalmente la solución teórica y sitúa los problemas sucesivos sobre el papel y sólo cubre el papel.»

J. C. López-Lozano, en ABC del 24 de mayo de 1978, con el título LA HORÁ RECONSTITUYENTE, ha hecho notar:

«No es nada desdichable el hecho de que de los países socialistas no nos llegue ninguna invención, ningún genio, y si nos llega es porque ese genio ha tenido que buscar el exilio. En la lista de los premios Nobel, los once primeros países son capitalistas: en esa relación Hungría aparece en duodécimo lugar y Checoslovaquia en décimosexto, mientras la enorme y totalitaria Rusia, sumamente rezagada, no surge hasta el lugar décimo-octavo, detrás de España.

»Económicamente —el sistema no permite escapar a las crisis ni siquiera a los países totalitarios— en los Estados del C.O.M.E.C.O.N. el P.N.B., en los años 51-55 a 1966-69, descendió de un 10,7 a un 7,2 por 100. La estadística la recoge el economista soviético P. I. Bagri, y aparece en una publicación de Editorial Dunka, en Kiev (Ucrania). En la misma U.R.S.S. existe el paro, que se mimetiza con el calificativo de *mano de obra inempleada*. Hasta tal extremo que Kossyguin creó hace años el llamado “Comité del Estado para la utilización de la mano de obra inempleada”. La frase *trabajadores disponibles* oculta en Moscú lo que aquí llamamos paro, y en el Asia central alcanza en las provincias soviéticas el 10-20 por 100 de la mano de obra joven. No resulta extraño que las monedas de esos países, sometidos al dogal totalitario marxista, en el mercado negro se coticen muy por debajo de su valor: el lev búlgaro vale tres veces menos que en su cambio oficial; el forint húngaro y la corona checa, cuatro veces menos; el rublo ruso y el marco alemán oriental, cinco veces; el lev rumano seis veces menos, y el zloty polaco, ¡treinta y cinco veces menos! Y algo sobrecogedor: Yugoslavia, el único país autogestionario, pese a las grandes ayudas que recibe de Occidente para que no caiga en la férula moscovita, con un millón de obreros emigrados a los países capitalistas europeos, es quien presenta el récord en paro en el mundo con un 14 por 100, mientras que en Estados Unidos —pese a sus dificultades— la tasa es del 8 por 100.»

Por otra parte, recuerda unas palabras del economista soviético Varga, en su libro, editado por la editorial Bernard Grasset (París, 1970), LE TESTAMENT DE VARGA.

«El Estado centralizado, gobernado por el partido y la burocracia, se apropia la plusvalía creada por el trabajo de los obreros y la utiliza para cubrir sus necesidades, es decir, esencialmente para el desarrollo de la economía nacional-socializada, pero también para acrecentar los privilegios materiales de la aristocracia del partido y la burocracia... Es decir, de la “nueva clase”, como afirmó el yugoslavo Djilas.»

Luis Moure Mariño, en su artículo de tercera plana de ABC del 4 de mayo de 1979 *DICTADURA BUROCRÁTICA*, comentando el libro de los estudiantes polacos Karol Modzelewski y Jacek Kuron, escribe:

«En torno al esclavizante control burocrático imperante en los países del Este, acabo de leer un libro —*Socialismo o bu-*

rocracia—, del que son autores los estudiantes polacos Karol Modzelewski y Jacek Kuron, ambos expulsados del partido por su labor crítica. Los autores fueron defenestrados por sostener que «*el Estado polaco, como los demás Estados llamados "socialistas", no es un Estado obrero, ni siquiera degenerado, sino que constituye un instrumento en manos de una clase: la burocracia política central*». Es la burocracia política central la propietaria de los medios de producción, por lo que el sistema, «*constituye un nuevo modelo de explotación de la clase obrera*». La clase obrera es la principal creadora de la renta; pero la burocracia política central controla y dispone de los medios de producción. Por su parte, los campesinos también son expropiados por la burocracia central, que les arrebató el 75 por 100 de sus cosechas. Los obreros no tienen más recurso que vender su fuerza de trabajo al único comprador: la burocracia política central, que les paga el salario mínimo para la subsistencia. Por eso, los dos socialistas polacos proponen como meta el exterminio de la nueva aristocracia burocrática. «*La revolución antiburocrática —dicen— afecta al movimiento revolucionario mundial. No es un asunto exclusivamente polaco: afecta a todos los países burocráticos industrializados: Checoslovaquia, República Democrática Alemana, Hungría y la Unión Soviética.*»

»He aquí por donde la que había de ser "dictadura del proletariado" se ha convertido en la dictadura de la burocracia del partido único sobre el proletariado. Y esto se sabe muy bien en Europa.»

La inflación y la elevación de precios no han sido evitados en los países comunistas pese a la socialización de su economía.

Alfonso Barra, en su crónica desde Londres, LA INFLACIÓN INVADE LOS PAÍSES DEL BLOQUE SOCIALISTA. LOS PAÍSES DEL COMECON SUFREN ELEVACIÓN DE PRECIOS Y ESCASEZ DE ARTÍCULOS DE PRIMERA NECESIDAD, publicada en ABC del 14 de enero de 1975, ya lo advertía:

«No hay que cargar la pluma con tinta china para describir los sinsabores de las democracias, asediadas por los problemas externos, por su limitación doméstica y por un mundo de contradicciones muy difícil de superar. Pero la tinta para presentar al mundo marxista no es rosácea precisamente.

»Las autoridades húngaras han elevado un 110 por 100 el precio del carburante y de las primeras materias. Esos dirigentes no siguen la doctrina de sus correligionarios británicos y piden más trabajo y menos consumo para honrar a Marx y Lenin.

Rusia sigue siendo el gran foco de primeras materias dentro del C.O.M.E.C.O.N, el mercado común socialista. Los precios son fijados cada cinco años, y ahora llega el momento de revisarlos para el próximo quinquenio. Es el agua del embalse en vísperas de abrir las compuertas.»

«En Yugoslavia, en 1974, los precios subieron un 19 por 100, y los salarios, un 16 por 100 solamente. En Hungría, los productos del campo experimentaron alzas superiores al 16 por 100. La reacción de las autoridades fue prometer una lluvia reconfortante, a precios muy amistosos, de refrigeradores, ventiladores y máquinas de lavar. Desgraciadamente se impuso la sequía total.

»En Rusia sigue vigente la pena de muerte contra los estraperlistas. Actualmente los precios de los productos agrarios son más bajos que los costes. No está lejos de dar la salida a los precios, y mientras tanto los especialistas del mercado negro acumulan sus rublos.

»En Polonia los recién casados tienen que amueblar sus nidos de amor a base de ilusiones, que suelen ser baratas. Faltan los muebles esenciales para aquella coyuntura sentimental. Los planificadores polacos dicen que en los ocho años venideros las parejas tendrán que fortalecer la columna vertebral con la producción de tarima de abeto. También en la Unión Soviética hay escasez de muebles, y según los maliciosos aburguesados, será remediada con madera prensada, a base de las instancias de los compradores frustrados.

»En Rusia no hay tornillos suficientes para los muebles, ni toallas ni el papel que la civilización inventó para los cuartos de aseo. Escasean los cubiertos, los cacharros de cocina, las camisas de caballero para campo y playa. Las bicicletas, los autos y los vestidos para las rusas de silueta rococó.»

Y en ese ambiente:

«Todor Zhivkov, jefe del comunismo búlgaro, ha dicho: "Hemos de liquidar los esfuerzos aburguesados de ciertos grupos, que exigen más y que se llevan más de lo que aportan al país". Después de salva de saludo, ha redondeado así su advertencia: "Los bienes no caen del cielo. En la talega de Santa Claus sólo encontramos los regalos que nosotros mismos metemos en ella."»

Es evidente que en esa coyuntura suban los salarios. El tema fue contemplado también en ABC el 8 de enero de 1977, en su crónica desde

Moscú por Ramón Pedrós, con el título REAJUSTE GENERAL DE PRECIOS EN LA UNIÓN SOVIÉTICA. SUBEN LOS SALARIOS, QUE PARA DENTRO DE TRES AÑOS ALCANZARÁN UNA MEDIA DE 15.000 PESETAS. Según esa crónica:

«En las últimas semanas ha habido particular atención al tema económico. Se acabó el año, se hizo balance estatal, se reajustan precios y salarios, porque aquí no suele decirse que las cosas suban o bajen, sino que “se cambian” los precios, y así van tomando cuerpo las medidas adoptadas en el XXV Congreso del P.C.U.S., que fue cuando se trazaron las líneas generales dentro del programa de mejora del nivel de vida del pueblo soviético.»

.....

«Recientemente se ha anunciado que, como preveía el X Plan, se subirán a partir de este año los salarios para llegar a 1980, al término del quinquenio, a la media de 170 rublos al mes (unas 15.000 pesetas). En Moscú un par de zapatos de cuero vale 5.400, un abrigo de invierno puede ir de 8.000 a 18.000 pesetas, o sea, bastante más que un sueldo mensual; un kilo de pan vale 42 pesetas, un kilo de azúcar sale a 89 pesetas, y, si es cierto que el transporte público es uno de los servicios más baratos del mundo (el trolebús, cuatro pesetas, y el Metro, cinco), un automóvil, tipo utilitario, de la marca “Jiguli”, algo así como la Seat española, cuesta 540.000 pesetas.»

Pero en esos países las huelgas no existen. Con el título MÁS QUE INGENIOSO, en su columna “MERIDIANO ECONÓMICO”, ya desaparecida a pesar de su indudable interés, Diego Jalón, en ABC del 14 de junio de 1976, lo comentó:

«Le pregunta a Giovanni Agnelli, en el coloquio de remate a su conferencia en Madrid, sobre los modos o maneras de evitar las huelgas. El presidente de la Fiat contesta rápido: “Sólo con los métodos de la Europa del Este.”

»¿Por qué no menearlo un poquito? ¿Por qué no repasar los tópicos para, al modo unamunesco, librarnos de su maleficio? La Europa del Este es la Europa en poder del comunismo; la Europa de organización política y organización económica comunista. Así, el sentido más auténtico de la respuesta del grande y genial empresario italiano puede formularse, sin traición alguna a su pensamiento, de esta otra manera: solamente se evita la huelga con los métodos comunistas.»

«La huelga —reivindicativa de elevaciones salariales, condiciones de trabajo mejores, etc.— tiene lógica, frente a los empresarios privados. Pero cuando el empresario único, en todos los sectores, es el Estado, cualquier huelga queda vacía de contenido laboral, y únicamente significa rebelión política.»

.....
«La respuesta de Agnelli —bien conocedor de la Europa del Este— no es, insisto, un chiste. Salvo que lo fuera de ese género que se llama “humor negro”.»

Resulta aquí oportuno el distico que J. C. López Lozano colocó encabezando su citado artículo LA HORA RECONSTITUYENTE:

«No existe hoy un régimen político a la vez socialista y democrático. Todos los regímenes socialistas son dictaduras.

»Maurice Duverger, en *Lettre Ouverte aux Socialistes*.»

Como, él mismo, dice en su artículo:

«Cuando el Estado detenta a la vez lo esencial del poder económico y la totalidad del poder político, la libertad está en trance de muerte. Cuando no es cada ciudadano, productor o consumidor, quien puede decir lo que es bueno y lo que es malo, cuando ha de hacerlo exclusivamente un aerópago de burócratas y de políticos omniscientes, a buen seguro, la libertad ha muerto. La multiplicación de empresas privadas y libres en sus movimientos, la competencia entre ellas sobre un mercado social, son los mejores garantes de la libertad de los ciudadanos. “En nuestro país (Rusia), el hombre, el pueblo, habiendo confiado una vez para todas sus derechos al Estado, no tiene que decidir lo que es benéfico para el ciudadano y lo que no lo es”, como ha escrito en *Le Figaro* Andrei Siniavski.

V. ¿PUEDE HUMANIZARSE EL SOCIALISMO MARXISTA?

Así se ha pretendido y se pretende. El tema ha sido tratado por Faustino Gutiérrez Alviz, en tercera plana de ABC del 21 de abril de 1978, con el título UNA DEMOCRACIA HUMANISTA.

«... los intentos actuales de humanizarlo, presentando el marxismo como un método (Garaudy), que trata de hacer compatible un mundo socializado con el reconocimiento de un cierto número de valores humanos.

»Frente a la realidad de la Europa socialista totalitaria hemos de poner en duda las afirmaciones democráticas de los partidos que se califican de marxistas y se autodefinen como democráticos. Ciertamente que prometen y hablan de una nueva libertad, a la que dicen se llegará tras destruir el despotismo de la indigencia y las trabas del sistema económico vigente.

»Pero allí donde el marxismo impera, la promesa de una mayor libertad no se ha logrado, ni en el orden de lo político ni en la esfera de lo económico.

»Tal bandera ciertamente ha llevado al socialismo a muchos liberales y a muchos otros hombres inspirados de sanos criterios humanistas. Muchos intelectuales pensaron que el socialismo podía conducir a la libertad. Para los que así creyeron les resultó inconcebible el comprobar su error al verificar que el materialismo marxista liberador ha conducido a lo opuesto de la libertad.

»Es la gran tragedia que espera a los que quieran comprobar en carne propia cómo el camino de la libertad que se promete por todos los seguidores de las tesis de C. Marx, en sus diversas matizaciones, conduce, de hecho, por la vía de la esclavitud. El completo colapso de la creencia en que son asequibles la libertad y la igualdad a través del marxismo, lleva a recorrer el camino hacia una sociedad negativa, totalitaria, de sometimiento y desigualdad, escribió P. Dincker.»

Eulogio Ramírez, en *EL PENSAMIENTO NAVARRO del 31 de diciembre de 1976, bajo el interrogativo título ¿EL SOCIALISMO ES LIBERTAD?, también tocó la cuestión enunciada.*

«No importa que sea notorio el hecho de que allí donde mandan en exclusiva los socialistas, los periodistas son privados de las libertades más elementales. La libertad —en los periodistas, como en todos— tiene eso: que se suicida, como observan tanto el Proudhon decepcionado en sus *Confesiones...*, como el profesor de Instituciones, J. Ellul, en *Trahison de l'Occident*.

»En ninguna parte han conseguido “el socialismo en la libertad los socialistas”. Da fe de ello, p. ej., el profesor marxista Roger Garaudy (expulsado del Partido Comunista Francés) en su obra *Karl Marx*, pág. 300: “La lucha conducida por Lenin y por el partido bolchevique contra el revisionismo y el oportunismo hizo posible la revolución socialista de octubre. Y la experiencia histórica más constante ha mostrado que cuando se abandonaba el marxismo, los socialistas en el poder no podían instaurar el socialismo: de Inglaterra a Australia, de Nueva Ze-

landa a Alemania y a Escandinavia, el socialismo no marxista se ha revelado como una variante de la gerencia de los intereses fundamentales del capitalismo.”

»Sucede, pues, que el socialismo no marxista, “el socialismo en la libertad”, “el revisionismo”, “el oportunismo” de los W. Brandt, los B. Kreisky, los Olof Palme, etc., ni corrigen las injusticias estructurales del capitalismo ni aportan los bienes paradisiacos del socialismo. Es lo mismo que les ha sucedido a los socialistas españoles cuando han accedido al poder.»

.....

«... si lo que pretende el socialismo es, sobre todo, la justicia social, será forzoso que le quite la libertad a todos aquellos que los socialistas crean que están cometiendo injusticias. Pero, entonces, no se podrá conseguir el socialismo en la libertad, sino el socialismo sin libertad, dictado, imperado. Es claro que la justicia social y la justicia a secas no se producen nunca en el mundo por generación espontánea y como resultado del libre juego de las libertades individuales. Precisamente porque el capitalismo espontáneo o salvaje no ha conseguido la justicia espontáneamente es por lo que ha sobrevenido en el mundo el socialismo, como intento para corregir y superar el capitalismo. Pero los socialismos realizados hasta ahora, lejos de haber conseguido la justicia en la libertad, lo que han logrado es una mayor injusticia, después de haber suprimido toda clase de libertades, no sólo la de empresa económica y de mercado, sino las de informaciones, circulación, asociación y reunión. Y no por casualidad: quien haya leído *El Estado y la Revolución*, de Lenin, que fue no más que socialista —el comunismo sólo ha sido prometido para 1980 por Kruschef—, sabrá que en la estrategia socialista a la por ellos llamada “dictadura de la burguesía” o democracia parlamentaria, le sucede la “dictadura del proletariado”, que, según Lenin, ha de ser mucho más rigurosa que la otra. Lo encontraba así también el ex comunista Albert Camus en polémica con W. D. Ormesson: no ha sido posible hallar el punto medio entre justicia y libertad, “el socialismo en la libertad” es sólo un sefuelo, para embaucar al pueblo y que pique.»

Este tipo de socialismo es el que propugnan los socialistas españoles, que usaron afirmativamente como slogan electoral “El socialismo es libertad”. Eulogio Ramírez, en el mismo artículo, también lo comentó:

«... cuando se proclama el socialismo en la libertad es que se da por averiguado que en el mundo no existe socialismo que se haya conseguido y que subsiste merced a la libertad. Lo cual, en buena lógica y en buena sociología (en buena filosofía racional y en buena ciencia empírica), autoriza a pensar que el tal socialismo en la libertad es una mera utopía.»

Pero, como preguntó Gonzalo Fernández de la Mora, en su artículo EL PROGRAMA SOCIALISTA, en ABC del 29 de diciembre de 1976:

«¿Qué harían los socialistas españoles si llegaran al poder? Una parte de la respuesta se encuentra en el volumen que, bajo el título *Programas económicos en la alternativa democrática*, acaba de publicarse, y en el cual definen sus posiciones dos formaciones comunistas —el PCE, o Partido Comunista de España (Carrillo), y el PTE, o Partido del Trabajo de España—, dos socialistas —el PSOE, o Partido Socialista Obrero Español, y el PSP, o Partido Socialista Popular (Tierno)— y dos socialdemócratas —ID, o Izquierda Democrática (Ruiz-Giménez), y el FSD, o Federación Socialdemócrata—. Los documentos correspondientes a estas dos últimas siglas son poco programáticos; pero, en cambio, son bastante explícitos los restantes.»

Después de reseñar los puntos básicos de los documentos publicados en el indicado volumen, concluye Gonzalo Fernández de la Mora:

«La más sustantiva revelación de este documento es una insólita homogeneidad entre el programa comunista y el socialista. Nuestro socialismo se está pareciendo poco a los socialismos anticomunistas de Alemania Occidental, de Austria, de Inglaterra o de los países nórdicos. En cambio, se asemeja demasiado al "socialismo" del Este. Muchos de los objetivos del PSOE se articularían bien en el contexto, por ejemplo, del Berlín oriental; pero serían impensables en el occidental.»

Diego Jalón, en su columna del 30 de diciembre de 1976, en ABC, con el título DICTADURA ESTATAL, lo comentó:

«Gonzalo Fernández de la Mora se ha tomado el trabajo, nada inoportuno, de resumir de un libro, para un artículo en *ABC*, el programa económico en cuyas líneas generales coinciden las formaciones comunistas y socialistas, con algún otro acompañamiento, que se mueven en la pluralidad económica del país.

»El resumen se concentra en ocho puntos: abolición de la

propiedad, nacionalizaciones del crédito, de la industria y de la sanidad, socialización del suelo, estatalización de la enseñanza, colectivización del campo y autogestión empresarial.

»Están, pues, en lo de siempre. En las formulaciones primeras. En la aburrida repetición de lo ya ensayado y fracasado en todas partes...

«Y seguimos, naturalmente, asistiendo a una implacable impugnación de la libertad en todos sus aspectos, porque sin libertad económica no hay libertad política. Cualquier nacionalización, estatalización, socialización o colectivización se traducen inmediata e inevitablemente en negaciones plenas de la libertad: de la libertad de poseer y la libertad de decidir, de la libertad de ser y la libertad de estar, de la libertad de trabajar y la libertad de emprender...

»Nos ofrecen una dictadura estatal —o de grupos filiales del Estado—, que propietaria de todo, de las fuentes de energía y de los antibióticos, del dinero y de los libros de texto, del suelo y el cielo, se encargará de ordenar nuestra vida a mayor gloria de la sociedad. Porque nosotros, abandonados a la imbecilidad congénita que se nos calcula, a la imprevisión que se nos atribuye, a la maldad que se nos presupone, nosotros no sabríamos ni ser felices, ni ser responsables, ni ser dignos. En cambio, “nacionalizados”, “estatalizados” o “colectivizados”..., todo será coser y cantar. ¡Como salida de una dictadura, no está nada mal el invento!

»Sútiles escritores, muy sociales, profundos o que ofrecen grande sensación de profundidad enturbiando la prosa, prosiguen, aun después de lo llovido, el elogio del prestigio del socialismo. Como en alguna de sus acepciones se relaciona el prestigio con la magia, supongo que será por razones mágicas. Porque si buscan fundamentos en la experiencia —y no excluyo de ésta muchas y muy exactas constataciones teóricas— no se me alcanza de dónde pueden obtener semejante convencimiento.

»Para mí, aunque fuerce hasta el límite mi capacidad de comprensión, sigue siendo asombrosa la duda cuando se trata de elegir entre mi servidumbre a la máquina estatal y la libertad humana, a la que tengo derecho.»

VI. LA POLÍTICA SOCIALISTA EN LOS PAÍSES DEL OCCIDENTE EUROPEO

Al hablar de esa política socialista, no nos referimos solamente a la llevada a término por los partidos socialistas cuando alcanzan el poder,

sino también a las de los socialdemócratas, de los nacionalsocialismos y fascismo, e, incluso, a la política iniciada durante el pasado régimen español, que hoy prosiguen, corregida y aumentada con todos sus inconvenientes, pero sin ninguna de sus múltiples ventajas, quienes actualmente detentan el poder político.

Diego Jalón, en su "MERIDIANO ECONÓMICO", de ABC del 30 de marzo de 1976, formuló como título la pregunta ¿SOCIALISMO LIBERAL?, a la que avanzó esta respuesta:

«... por infinitas maniobras políticas, desde pragmatismos de realidad se fabrican mezclas generadoras de una "nueva economía", en la cual el socialismo parece absorber grandes dosis de libertad y el liberalismo tolera no menores dosis de planificación y nacionalizaciones.

»Pero, ¿no ocurrirá, como han estudiado, explican y afirman grandes teóricos, que a esta mezcla se deben, precisamente, la inflación y los otros cien desajustes tan evidentes y acerbamente criticados que padecen las economías nacionales hoy?»

¿Por qué es así?

Pierre de Calan, economista francés, autor de LES JOURS QUI VIENNENT y CHÈRE INFLATION, lo explica bajo el título NATIONALISER: ANTI-PROGRÉS.

«... desde el punto de vista económico, la razón demuestra, y la experiencia enseña, que una nacionalización entraña fatalmente consecuencias costosas para la comunidad.

»Los hombres no se discuten. De modo muy general, los dirigentes de empresas nacionalizadas no son inferiores ni en competencia, ni en entrega, ni en los cuidados de una buena gerencia, a los jefes de empresas privadas. Es el mismo hecho de la nacionalización lo que segrega cierta cantidad de debilidades o de daños económicos.»

¿Por qué? ...

«El Estado es patrón mal dotado para resistir las reivindicaciones sociales abusivas. Jurídicamente, a menudo, se halla vinculado por las reglamentaciones privilegiadas consentidas al personal. Políticamente se halla sometido a presiones que no sufren los negocios privados. No es por mera casualidad que las empresas nacionales ejercen frecuentemente un papel de entrenamiento en las alzas de salarios inflacionistas. Implicado

en sus propios conflictos, el Estado patrono resulta impotente para conservar su papel de árbitro en los que afectan al sector privado. Cuanto más se extienden las nacionalizaciones, tanto menos, en materia social, tiene verdaderos recursos políticos. Aunque sometidas a presiones sociales más rudas, en cambio, las empresas nacionales sufren construcciones económicas menos pesadas. El Estado accionista no se inmuta apenas de no alcanzar ningún dividendo, y las empresas nacionalizadas saben que tienen asegurada su sobrevivencia, sea cual fuere el resultado de su gestión. Cierta número de nacionalizaciones, ¿acaso no han tenido la única finalidad de asegurar el mantenimiento de actividades condenadas normalmente a desaparecer? Entrar en el sector nacionalizado es entrar en la inmortalidad. Sea la que fuere, la calidad de los hombres —y repito que la de los responsables de las empresas públicas no está en discusión—, la seguridad absoluta conlleva fatalmente un menor rigor, al mismo tiempo que a una mayor rigidez de estructuras y de efectivos. Incluso para aquellas empresas nacionalizadas que en principio están sometidas a la concurrencia, ésta está siempre más o menos falseada a su favor, por lo menos en los malos pasos.

»Pero hay algo más grave: la gestión de una empresa estatal se halla inevitablemente sometida a diversas consideraciones de carácter no económico —sean políticas, en el sentido noble de la palabra, o bien mediocrementemente electorales— que la apesantan y adulteran. Frecuentemente, por otra parte, se justifican las nacionalizaciones por la necesidad de dar lugar a tales consideraciones. Políticamente puede discutirse este punto de vista. Pero, ¿cómo pretender, seguidamente, que las empresas nacionalizadas sean regidas, desde el punto de vista económico, como las empresas privadas?»

Aún hay otro inconveniente más:

«... puesto que el Estado accionista no les suministra los fondos propios que necesitan, porque la mediocridad de sus resultados no les permiten alcanzar los recursos de autofinanciación necesarios, las empresas nacionalizadas son grandes comedoras de capitales de empréstitos. Así, pues, por presiones de su política salarial, por la rigidez de sus estructuras, por las distorsiones que sufre su gestión, por la importancia de sus cargas financieras, las empresas estatales son empresas más caras, con precios de reposición más elevados (en igualdad de todas

las cosas, incluido el valor de sus hombres) que sus homólogos del sector privado. Por ello, la eficacia y la competitividad del sistema económico, en su conjunto, no puede dejar de sufrirlo. El sector nacionalizado constituye una zona de menor resistencia a las presiones inflacionistas. La experiencia muestra una evidente relación entre la gravedad del mal inflacionario, que cada país sufre, y la parte de la actividad nacional que, directa o indirectamente, asume el Estado.»

• • • • •
«El ejemplo de Gran Bretaña e Italia, sobre las que pesa un vasto sector nacionalizado, ¿no es acaso evidente?»

Pero no se trata sólo de esto. Como Javier M. de Bedoya, expresivamente con el título SUENAN LAS TRES CAMPANAS DE LA DECADENCIA, ha escrito en INFORMACIONES del 21 de abril de 1977:

«Los partidos socialistas tienden a cerrarse por su dogmática estatificadora en un igualitarismo proletarizante que no otorga al pueblo otras funciones que asentir y trabajar, en claro contraste con lo ofrecido en el período de oposición al régimen de libre empresa.

»La realidad es que los trabajadores, "comprometidos" con el espíritu de esa lucha contra lo que ellos llaman "explotación", no quieren delegar los antiguos poderes del empresario en una nueva autoridad, por izquierdista que ésta sea; es decir, no quieren empresario estatal ni dirección de la empresa atribuida a los líderes sindicales; pretenden ser ellos mismos quienes conserven los poderes decisivos de la empresa, dejando a los sindicatos en su tarea de organizar las resistencias generales frente a los poderes de un Estado que no dan por desaparecido, en su idea borrosa de la nueva sociedad que desean.

«Yo no sé si estoy apuntando adecuadamente a la dramática contradicción que va a desgarrar la nueva época europea (que ya está desgarrando a los países del Este) y que tiene su causa, de un lado, en el concepto marxista de la igualdad absoluta que se ha de dar en cada persona para ejercitar por igual el trabajo intelectual y manual, a fin de no caer en alienación, y, del otro lado, en las soluciones extremadamente jerarquizadas que impone esa misma ideología marxista desde el Estado. La batalla contra la eficacia productiva del sistema capitalista se ha llevado en nombre de esta deseada igualdad, ocultando la contradicción con los imperativos de un Estado-empresario. Donde hay pro-

ducción para los demás (no sólo para el consumo propio) tiene que haber diferencias y reparto de tareas desiguales, y con esas diferencias surgen las escalas de autoridad y dinero, poniendo al descubierto que el poder y el saber biológicamente no son dosificables individualmente en términos equivalentes. Al pretender otro orden, habrá que no producir para los demás, con objeto de serlo todo en nuestra propia y pequeña tarea productiva, o habrá que creer que el poder del Estado es capaz de hacernos iguales en la utilización de nuestras manos y de nuestras mentes. Pero, en este caso, ¿serán iguales a nosotros quienes usen así el poder del Estado para convertirnos a todos en igualmente ignorantes, igualmente sabios e igualmente diestros? ¿No es, acaso, irracional esta supuesta dinámica de la igualdad tan racionalista?

»Si la vida fuese a la medida de lo que concibe nuestra razón, no seríamos creados, sino creadores. Muchos suelen empuñarse en ser contestatarios frente a nuestra naturaleza, no pudiendo ser felices, como el *Werther* de Goethe, más que imaginando "un mundo nuevamente estructurado", como si el disfrutar espontáneamente del privilegio del existir (que a todos nos es dado) fuese una embriaguez condenable, tal y como afirman quienes hacen de la consciencia crítica el soporte único de su actitud vital.

»Precisamente, la "decadencia" suele producirse en los pueblos a través de tres sones muy claramente perceptibles: el de la aceptación de la utopía mediante un racionalismo que se esfuerza en adecuarla a la realidad; el de una politización de la vida social, que termina racional, pero excesivamente planificada, y el de una idealización del funcionario público como prototipo del hombre que no suda, o inventa, no arriesga y se dedica todo el día a organizar el trabajo de los demás.»

.

«Por eso, sin tratar de desanimar a tantos neófitos como tiene ahora el socialismo, intento solamente que no se olvide que una sociedad libre y amorosamente vivida, al margen de teorías y organigramas, necesita, para que todas sus autonomías sean posibles, de una personalización intensa del sentido de la responsabilidad cívica y profesional, de una valoración de los buenos propósitos morales de cada uno y de una sacralización de la intimidad, esa área donde cada ser humano se ensaya en negar con varia fortuna los dictados de la "especie-especie" para ir escribiendo su historia incanjeable en ejercicio de unos de-

rechos individuales muy anteriores a los del Estado, muy anteriores a ese pobre reconocimiento plasmado en el tratado de Helsinki, tan reciente y tan incumplido.»

J. C. López Lozano, en su referido artículo LA HORA RECONSTITUYENTE, después de observar que no es sospechoso el nombre de Maurice Duverger, del que como dístico cita la frase que antes hemos transcrito, añade:

«Pero si nos remontamos más en el tiempo y en la misma Francia, si llegamos nada menos que a 1890, encontraremos la frase terminante de otro personaje aún menos sospechoso: Jean Jaurés: *“Le courage pour l'entrepreneur c'est l'esprit d'entreprise et le refus de recourir à l'Etat”*. Por el contrario, Lenin, en 1917, advertía: “La sociedad toda entera será una sola fábrica y un solo e inmenso despacho”. ¿Más claro?, el agua. La cosa es sencilla: *los raros países que perviven democráticamente hoy en el mundo todos son capitalistas*. Esto parece que se olvida en muchos sectores partidistas españoles en esta hora constituyente, que debía ser más reconstituyente y tónica de lo que es.»

Y remacha que,

«... preguntado uno de los líderes de la omnipotente central obrerista germana D.G.B. sobre cuál era el problema más urgente para los asalariados de la República Federal, respondió:

»—*La reconstitución de los márgenes de beneficio de las empresas, a fin de asegurar un “reprise” de las inversiones...*

»Así responden unos sindicalistas no marxistas y no sujetos a la disciplina total de un partido, es decir, no politizados, no proletarizados. Coinciden con las empresas: hay que producir más bienes a menos coste y con menor esfuerzo.»

Gonzalo Fernández de la Mora, en su artículo LIBRE EMPRESA O TERROR, publicado en ABC del 24 de mayo de 1978, alude a cierta tercera vía hoy propugnada.

«Quienes en España patrocinan lo que he denominado “la tercera vía marxista”, están concentrando su fuego sobre la libre empresa: penalización del ahorro, desestímulo de la inversión y de la productividad, estrangulamiento de los beneficios, desahucio de la autofinanciación y desmoralización y descrédito del empresario. Y hasta prometen “liberación”; pero no olvidemos que allí donde la implantación del modelo económico so-

cialista ha suprimido la libre empresa, se ha instaurado el terror. Esta sustitución de la libertad por la opresión no es un accidente ocasional o enfermedad infantil del marxismo: es un efecto ineluctable que responde a una ley de la mecánica comunitaria y, por eso, la historia contemporánea no registra una sola excepción.

»Una sociedad industrial necesita ahorro, inversión y empresas, y o son particulares o son públicos. Donde se suprime la iniciativa privada, ese espacio lo ocupa el Estado. Las consecuencias políticas de tal relevo son inmensas: incremento de la opresión y pérdida de la libertad.

»En una economía de mercado, la mayor parte del ahorro está constituido por las rentas que los individuos deciden no consumir. Es un acto libérrimo que ejecutan con plena autonomía: pueden gastar o capitalizar. Al contrario, en una economía socialista, la casi totalidad del ahorro es estatal y viene coactivamente detraída de los salarios. A cada uno se le priva imperativamente de aquella fracción del producto de su trabajo que el Gobierno determina. El ciudadano carece de libertad para ahorrar o consumir, son los burócratas los que monopolizan la libertad de imponer autoritariamente el ahorro a los demás. Este es un primer nivel de alienación: capitalizar por orden ministerial.

»En una economía de mercado, la mayor parte de la inversión es privada. Los ahorradores eligen libremente la colocación de su capital en función de su vocación y de las expectativas de beneficio, que suelen ser mayores en aquellos sectores sobre los que más presiona la demanda. De donde resulta que también los consumidores influyen libremente en el destino de los capitales, puesto que los orientan hacia la producción de los bienes más deseados. La inversión es, en suma, el resultado del ejercicio de dos libertades complementarias: la del ahorrador y la del consumidor. Inversamente, en una economía socialista el único titular de la libertad de invertir es la burocracia estatal. Es ella quien decide el volumen y el destino de las inversiones. El consumidor ha de resignarse a adquirir no lo que desea, sino lo que los funcionarios han decidido fabricar. Y, habitualmente, las preferencias inversoras del Estado se dirigen hacia aquellos sectores que permiten aumentar no el nivel de vida de los ciudadanos, sino el poder político de los gobernantes en el interior y en el exterior. De ahí la carrera policíaca y armamentística de las naciones socialistas, donde siempre habrá menos mantequilla

que cañones. El miembro de una sociedad marxista financia inversiones de las que no se beneficia, y tiene que limitar su consumo al catálogo del arbitrio oficial. Es un segundo nivel de alienación.

»En una economía de mercado, todo el mundo tiene la posibilidad de ser empresario, es decir, de correr el riesgo de las pérdidas con la esperanza de los beneficios para, en definitiva, crear puestos de trabajo y renta nacional. Esta es una de las vías más directas y transparentes de autorrealización personal y de ejercicio de la libertad. Dentro de este esquema, el asalariado puede elegir patrón, negociar las condiciones laborales, sindicarse, declararse en huelga, trasladar su residencia, y recurrir, en caso de conflicto, a tribunales independientes. En suma, libre iniciativa para el empresario y para el asalariado. En cambio, según el modelo socialista, sólo el burócrata puede ser empresario, y todos los asalariados dependen de un patrón único que es el Estado, con el cual no pueden ni enfrentarse ni negociar. Ni siquiera pueden cambiar de empleo. Y la única instancia de apelación es el Estado, que actúa como juez y parte. Ese patrón es el más poderoso de los imaginables, porque es el empresario de todas las empresas, el único dador de trabajo y, además, el detentador de todos los poderes políticos; es el supermonopolio socioeconómico. Es el Estado quien decide cuánto ha de abonar al trabajador, y qué plusvalía retendrá para la burocracia del partido y para inversiones públicas. Ante este patrón omnipotente, el trabajador, o se somete, o se condena. Es un tercer nivel de alienación.

»En el caso de los trabajadores intelectuales, la alienación no es sólo física y económica, es también mental...

»El modelo económico socialista ofrece a los resentidos la eliminación de los empresarios que han triunfado. Esta es su promesa; pero la cumple al precio de un nuevo patrón definitivamente déspota, de salarios más bajos y, sobre todo, de la alienación socioeconómica y de la pérdida de la libertad. Pacto tan duramente leonino como trágicamente fáustico.»

Digamos, en un inciso, que Diego Jalón, en su "MERIDIANO ECONÓMICO", de ABC de 17 de febrero de 1977, con el título NACIONALIZACIONES, dice de éstas:

«... Tienen siempre que hacerse a la fuerza, con la fuerza coactiva gubernamental, porque quienes depositaron voluntariamente

sus ahorros en empresas privadas no quieren transferirlos a empresas públicas.»

Y pregunta y contesta:

«¿Quién quiere, entonces, las nacionalizaciones? Aventuro una respuestas: las desean y las promueven los burócratas y los tecnócratas —del organigrama gubernamental y de los cuadros de los partidos— porque así pueden ser ellos, o jugar a serlo, empresarios. Es decir, algo que jamás alcanzarían a ser —con lucro, influencia y categoría— sin el bizarro cuento de las nacionalizaciones.»

Pero el mal de los socialismos occidentales no se centra hoy especialmente en las nacionalizaciones. Dados los malos resultados de muchas de las efectuadas, ni el partido laborista inglés, ni el socialismo alemán, insisten apenas en ellas. Tampoco los partidos socialdemócratas. Ni las han efectuado de modo principal en su política socializante los regímenes autoritarios. El mal se centra en la socialización del consumo. El mal social se orienta hoy en la política fiscal y de cargas sociales, de una parte, y con las prestaciones sociales que el Estado efectúa por la vía de la seguridad social y de la igualdad de oportunidades, en la forma y medida en que se efectúan. Algunas de sus consecuencias las hemos visto referidas por Salleron, con referencia a Francia, en un anterior epígrafe de estas Ilustraciones dedicadas al socialismo. Lo cierto es que hoy se invierte la vieja fábula de la cigarra y la hormiga. Así lo ha expuesto plásticamente en el diario LINEA, de Murcia, Mario Socia en su artículo precisamente titulado LA CIGARRA Y LA HORMIGA, que reproducimos íntegramente a continuación:

«Si La Fontaine hubiera vivido en nuestros días y tenido la ocurrencia de escribir fábulas, probablemente no habría ensalzado a la hormiga, denigrando a su cantarina antagonista. Y no lo habría hecho porque si en su tiempo constituía un mérito el ahorro, en el presente constituye una estupidez o, por lo menos, de mil maneras pretenden hacérselo creer así. Entonces, ya sea por la firmeza de las instituciones políticas, ya por la solidez de la moneda, ya por ser relativamente escasos o caros los bienes fungibles, resultaba buen negocio acopiar unos cuantos montones de áureas libras y atesorarlas o invertir las en tierras, valores del Estado o acciones de compañías comerciales. Proceder de esta guisa demostraba, por lo tanto, una sensatez

de la que carecía el derrochador, por mucho que se burlase Molière de los previsores, caricaturizándolos en su *Harpagón*.

»Hoy, la inflación, los impuestos, las expropiaciones realizadas con cualquier pretexto, se encargan de desalentar incluso al ahorrador más animoso. Y más que estos hechos es el convencimiento general de hallarse el Estado en la obligación de proveer a las necesidades de sus súbditos, lo que induce a vivir al día, confiando en que la burocracia se encargará del alimento, el albergue y la ropa, igual que da Dios de comer a las aves del cielo y viste a los lirios del campo. Por añadidura, pertenecen las hormigas a una especie desacreditada por bogar contra ciertas corrientes del mundo actual: son conservadoras. Y no es de extrañar tal actitud, teniendo no sólo en cuenta que quien guarda dinero supone que éste seguirá valiendo lo mismo durante largo tiempo, y que tal constancia cabe mantenerla únicamente por medio de la estabilidad social, sino que el dueño de hacienda propia es independiente, no precisa de tutela ni beneficio alguno, confía principalmente en su esfuerzo para salir de cualquier atolladero y, una vez en tierra firme, defiende con uñas y dientes lo que ha conseguido. Pero esa independencia, como advertimos, se halla en entredicho por los ideólogos e ideologuillos totalitarios, que no la admiten ni en política ni en economía.

»Por el contrario, ya no es la cigarra únicamente el despreocupado de antaño, que pasa el calor del verano sesteando y cantando sin pensar en el invierno; ahora el despreocupado tiene una providencia que subsana su desidia, su imprevisión, su ligereza, amén de que oye continuos elogios por su desarraigo, por seguir dócilmente a toda clase de demagogia, por abdicar de su personalidad en manos de un partido, de un sindicato, de un jefe omnipotente y omnisciente. A cambio de poco trabajo, o de trabajo de escasa calidad, obtiene mucho. Además, se le evita la funesta necesidad de pensar y se le aparta de los despachaderos donde suele caerse la voluntad autónoma: se halla sometido a tutela perpetua; ministerios, comisiones, peritos de varia índole determinan cómo ha de vivir, cuándo descansará, qué vivienda precisa, cuáles ideas debe aprender; su libertad se restringe sin cesar; decae su capacidad creadora; el orgullo de sentirse poseedor de algo, de no confiar en su ingenio y en su empuje, es para él un sentimiento exótico, en cuyo lugar ha desarrollado la habilidad de llenar formularios para solicitar de su Gobierno lo que éste con mano pródiga le ofrezca. Así

están satisfechos sus apetitos y no interrumpe su canto el alegre hemíptero.

»Pero la versión nueva de nuestro cuentecillo no es entera de color de rosa.

»Tiende la cigarra, fiel a su índole original, a gastar cada vez más y a laborar siempre menos. Semejante inclinación puede ser causa de amenos relatos; sin embargo, es funesta en economía, ya que la producción regular y constante de toda clase de bienes, incluidos los fungibles, se cimenta en esa parte de dinero, de fuerza, de recursos técnicos o de mercancías que se detraigan del consumo.

»¿Cómo terminará, pues, el apólogo moderno de la cigarra y la hormiga? Quizá persuadiéndose a la primera a gastar menos, a alargar la jornada de trabajo, a prever y atesorar; y tal sería la mejor solución. Quizá asumiendo la nodriza estatal la función de la hormiga: cortando drásticamente lo que no sea cubrirse las carnes y llenar la andorga, rebajando los sueldos, devaluando de tiempo en tiempo la moneda, imponiendo diversas formas de esclavitud, tal como lo hacen los regímenes colectivistas. Y ésta, hay que confesarlo, es la consecuencia lógica, aunque no la más razonable, de la idea que concibe a la burocracia como repleta ubre donde se amamanta un pueblo díscolo, sensual y ocioso.»

Un ejemplo de cómo hoy se castiga a la hormiga y de cuáles son los resultados de esa actitud, lo vemos expuesto en el artículo de Luis Moure-Mariño: CONFESIONES DE UNA PESETA, publicado en ABC del 14 de septiembre de 1978, del que recortamos:

«La peseta está asustada, empavorecida, afectada por un miedo cervical; enormes bandadas de pesetas han levantado el vuelo hacia la banca extranjera; cientos de millones se han refugiado en las cajas fuertes; muchas se han convertido en joyas o en lingotes de oro, y rara es la que se atreve a asomar la oreja y elegir el camino de la inversión... ¡Así está la Bolsa, hundida por falta de pesetas que la reanimen!

»¿Por qué razón la peseta se halla poseída por el pánico? En temas de dinero no queda más remedio que ser realistas. Lo más acertado será que, cara a cara, preguntemos a la peseta por qué huye y tiembla con el miedo:

»—No me dejan vivir tranquila —me explicó la peseta en entrevista reciente—.

»En premio a ser una peseta depositada —embalsada y que, por tanto, no incide en la demanda inflacionista— se me ha castigado, además, con un impuesto del quince por ciento sobre los intereses. ¡Un impuesto por ahorrar! Sin embargo, como el ahorro y el sentido de la previsión son algo instintivo, éramos miles de millones las pesetas que habíamos acampado en las cuentas de depósito, hasta que al señor Fernández Ordóñez se le ocurrió tirar de la manta y dejar al desnudo el secreto bancario... ¡No nos quedó más remedio que huir!»

.
«—Pero la función del dinero no es huir, sino invertirse en obras, en bienes o en empresas.

»—Gran verdad dices, pero los empresarios que, al invertirnos ya asumen el riesgo de perdernos, necesitan un mínimo de seguridad. Hace falta seguridad y perspectiva de lucro para que nosotras salgamos a la calle. Si falta la seguridad —si no hay esa importantísima cosa que se llama “orden público”—, si la empresa se halla atosigada de impuestos, amenazada de huelgas e intervenciones sindicales, ¿quién será el guapo que se atreva a lanzarnos a la aventura que es siempre un negocio? Mira, muchacho —me dijo la peseta del cuento antes de despedirnos—, si se te ocurre escribir algo sobre la conversación que hemos mantenido, no te olvides de decir unas cuantas verdades, grandes como puños: Dí, ante todo, que el mal más grave que padecemos las pesetas no es la inflación, sino el miedo que nos aqueja: miedo a los nuevos impuestos, a las inspecciones fiscales, al atraco que nos acecha, a la huelga y a la falta de seguridad. El señor Ordóñez cree que para recaudar más pesetas tiene que aumentar los impuestos y lanzar a la calle miriadas de inspectores. ¡Está equivocado! Si nosotras recobrásemos la tranquilidad perdida, nos invertiríamos en nuevos negocios, en fincas, en sociedades. La Hacienda contaría con muchas más fuentes impositivas y la sociedad con mayor riqueza sin necesidad de acorralar a las pesetas. Ahora, según dicen los periódicos, andáis muy preocupados con el problema del paro. Y lo grave es que ese problema no podréis resolverlo con cargo al presupuesto, pagando la holganza de millares de españoles. Devolved la paz a las perseguidas pesetas, dejad a los empresarios que nos inviertan guardándoos de meter las narices en sus negocios y ya veréis qué pronto creamos las pesetas los pucetos de trabajo que ahora os faltan.»

Pero hay aún otras amenazas de esa política socializante. Ante ellas ha dado la alerta, en ABC del 4 de octubre de 1977, Diego Jalón, en uno de sus "MERIDIANO", titulado LA MAYOR AMENAZA. A su juicio:

«La mayor, más grave y profunda amenaza que ahora se cierne sobre el sistema económico de iniciativa privada, sobre la libre empresa, sobre la llamada economía de mercado...»

Es

«... la expansión del sector público económico.

«... El sector de la empresa privada, en cualquiera de sus dimensiones, afronta una crisis abrumadora; crisis que, en su parte más cuantiosa, viene determinada por costes crecientes y disponibilidades decrecientes de crédito, de capital, de financiación. Por este costado, agonizan las empresas privadas. Al mismo tiempo, en medio de las mismas dificultades, todavía queda algo más, o un poco más de crédito, de recursos, para las empresas públicas. Y el resultado no parece ofrecer duda; bien puede ocurrir —es decir, ocurrirá para mal del país— que en la misma etapa histórica en la que se arruinen las empresas privadas, registrarán una fase de expansión las empresas públicas.

»El proceso merecerá muchos calificativos, pero me limito a uno: extraordinario, en el sentido de "anómalo", con fondos públicos obtenidos de todos los contribuyentes, entre los que figuran en renglón distinguido, las empresas privadas, habremos hecho una economía con aplastante influencia y peso del sector público. Al final, no creo que quede nada salvable del sector privado.

»... ¿Se va a reservar, acaso, eso tan bonito de la economía de mercado, con su dura competencia, su transparencia de cristal, sus líneas de crédito no privilegiadas, sus impuestos a punto y sus cotizaciones de la Seguridad Social agravadas, solamente para las pequeñas empresas privadas que viven proporcionando fabricados auxiliares a las grandes empresas públicas? ¿Sólo para aquéllas, sometidas, además, cuando de cobrar se trata, a la insegura liquidez de las grandes empresas públicas, quedará reducida la libertad económica a la libertad para elegir el día de su suspensión de pagos o de su quiebra?»

En definitiva, EL MAYOR PELIGRO, como titula su artículo de tercera plana de ABC del 9 de mayo de 1978, Mariano Navarro Rubio —rectificando tácitamente la política que como ministro había respaldado y la

que había defendido en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas— es la “macromanía del Estado”. Lo explica así:

«Resulta ciertamente peligrosa la macromanía del Estado, su gran coste presupuestario, su parasitismo difícilmente remediable, su ineficacia ostensible, su abusiva suplantación de funciones genuinamente sociales... Pero lo más preocupante de todas sus graves secuelas es la corrupción que genera, aunque de esto apenas si se habla.

»Se trata de una corrupción *sui generis* específica. Thibon y Lovinfosse, en su libro *La solución social*, plantea claramente este problema. Una presión excesiva del Estado —inspectores, controladores, etc.—, a la corta o a la larga, no hace más que provocar reacciones desmoralizadoras. El intervencionismo choca con la naturaleza y ésta acaba por vengarse. Igual que un niño maltratado se convierte en un hipócrita, una sociedad sojuzgada busca el fraude en revancha automática. Su última e inevitable consecuencia acaba siendo la descomposición de los funcionarios, desbordados por las sucesivas oleadas del ambiente, penetrados, también, de un claro sentimiento de malversación vital. A medida que la estatalización avanza, la corrupción, en las más diversas formas, se extiende como una gangrena.

Parece ser que ya nos percatamos mucho, ahora, de este gran peligro: la Administración Carter acaba de emprender una reforma administrativa para reducir la mastodóntica, relajada, inmoral y poco efectiva administración de servicios civiles —copio sus palabras—. Los parlamentarios italianos de la Democracia Cristiana han acordado, por unanimidad, no consentir, en lo sucesivo, la ampliación del área pública sin apreciar antes, de modo convincente, el grado de eficacia de las empresas estatalizadas... El grupo francés de nuevos filósofos —Guy Lardreau, en concreto— ha reconocido sentenciosamente: “*Sólo cuando se comprende, por fin, que el Estado es tan peligroso como los monopolios privados, se llega a entender perfectamente que los partidos de izquierda no pueden hacer nada.*”

»Yo no sé a qué espera la derecha, en su más amplio espectro, para dar su batalla, a fondo, al socialismo. Durante los años de la postguerra hemos estado presenciando una serie de fenómenos políticos que debieran servirnos de buena lección: los países del mundo soviético no han podido alcanzar, ni remotamente, las cotas de desarrollo conseguidas por el mundo occidental. Los eurocomunistas se han visto obligados a cambiar de

táctica para no caer en las mismas críticas que se hacían a sus congéneres rusos. El socialismo europeo se ha hecho asequible para su pueblo archivando oportunamente casi todos sus planes estatizadores. ¿Qué hacen nuestros políticos de derecha y de centro? "Así se le ponían las carambolas a Fernando VII."

»La postura estatalista tiene mucho de falso. Aquí está el talón de Aquiles del socialismo. No se puede confiar demasiado en el Estado. Es bueno, magnífico incluso, mientras permanece en sus propios y justos límites, que nadie le discute —justicia, defensa, representación exterior, hacienda básica, fomento de la economía—. Una gloria de la civilización, como decía Ortega. Pero es también nefasto cuando se extralimita y desquicia: el mayor peligro.»

Tal vez sea Italia uno de los países donde los efectos de esa política, entre socialistas y socialdemócratas, resultan más preocupantes. El periodista italiano Indro Montanelli, en su artículo ITALIA, MANIATADA, publicado en ABC del 5 de marzo de 1978, lo destaca.

«... los charlatanes italianos, dando un paso al frente con sus teorías que querrían garantizar la eficacia y los altos salarios americanos o alemanes (alemanes occidentales, obviamente) y, al mismo tiempo, consagrar la inmovilidad de la mano de obra, la prohibición de incentivos a los obreros competentes y de despedir a los saboteadores, la negativa a toda selección de personal por parte de los empresarios. He aquí a estos nuevos charlatanes defendiendo los pasivos crónicos e institucionalizados en las empresas y en los servicios públicos, mientras, *a priori*, cantan sus preferencias por todo lo que sea estatal en relación con lo privado. Como si ignoraran (todavía hoy) que en los países del Este se está realizando un esfuerzo inútil, pero gigantesco, para restablecer las leyes del beneficio y para restaurar los mecanismos de la iniciativa individual. Ha querido el azar que cuando los inventores de la economía a la italiana (es decir, el P.C.I. y los sindicatos, con el apoyo de muchos socialistas y algunos democristianos) han comenzado a aplicar sus tesis, el "milagro" de los años sesenta se ha ido transformando en un desastre.»

Siguen esperándose "milagros económicos", y así:

«... los inventores insisten. Estamos en esta marejada, proclaman, porque el proyecto ha quedado a medio camino; per-

sigámoslo con más vigor y tendremos el neo-milagro. Como la moda resulta útil a muchos parasitarios con sus poltronas de subgobierno, estas declamaciones obtienen aplausos entusiastas de masas dispuestas junto al féretro de una "sana" economía.

»Nadie —si fuese interrogado— podría hoy decir si la economía italiana es capitalista o dirigista o asistencial, o simplemente veleidosa y resquebrajada como en el Chile de Allende. La buena voluntad residual de algunos empresarios aislados (movidos por sus egoísmos y por su deseo de ganancia que son los muelles inevitables y humanos de la actividad económica) asegura todavía una base sorprendentemente sólida a una estructura productiva que encuentra en los colosos de la industria pública —en la que más crudamente se ha ejercido la influencia de los nuevos curanderos— sus insaciables devoradores de dinero público. Pero los descubridores de los "admirables" destinos progresistas encontrarían el modo de sofocar incluso estas linfas vitales si se les dejase actuar libremente.»

Y no dejan de hacerse "promesas imposibles", pues:

«... los demagogos italianos han querido hacer creer que sería realizable la escuela abierta a todos con las promociones aseguradas, con el asamblearismo permanente, con la revolución servil, con las intimidaciones a los profesores, con las licenciaturas a centenares de millares, y que, al mismo tiempo, los estudiantes "consagrados" por estas fábricas de pedazos de papel podrían, una vez salidos, aspirar razonablemente a ser "cuellos blancos" por toda la vida. Este sueño de una Italia en la cual bastase arrancar el aprobado político en los exámenes universitarios para poder después ser médico o abogado o ingeniero en plena regla, este sueño, presentado y avalado por personajes incautos y cínicos, naturalmente, ha fracasado. Y hoy se asiste al drama de una desocupación intelectual de dimensiones catastróficas. Frente a esta realidad, los utopistas no quieren reconocer que se impone una decisión, y si se les habla de *numerus clausus* retroceden horrorizados, porque el *numerus clausus* no es progresista.»

El último ejemplo, ¡por ahora!, es el de Portugal. Vale la pena fijarnos en él. Lo ha destacado el NEW YORK TIMES, en la crónica de su corresponsal en la Península Ibérica, James Markham, de la que José María Carrascal se ha hecho eco en ABC del 24 de enero de 1979, en su cró-

nica desde la ciudad de los rascacielos, titulada SOCIALISMO IBÉRICO: CRISIS EN PORTUGAL, ALZA EN ESPAÑA, al que corresponden los recortes que siguen:

«... cinco años de "socialización" han traído tal desencanto en Portugal ...»

«... Es el resultado de un fracaso espectacular en el campo económico, que no ha resuelto el problema del campesino ni del obrero por más nacionalizaciones que se han hecho de fincas y de industrias, y que ha hecho que los ingresos reales de la mayoría de los portugueses sean hoy inferiores a los de antes de 1974.

»Portugal ha aprendido, por el camino más duro, que la nacionalización no es productiva. Que la libre empresa funciona y produce infinitamente mejor, y de ahí que se oigan cosas como "la colectivización ha sido derrotada en Portugal por el Partido Socialista", en labios de un líder de este partido como Francisco Sousa, o "en nombre del socialismo es necesario que la Constitución portuguesa deje de ser socialista."

»Algo nada fácil, pues se necesitan los dos tercios del Parlamento para eliminar ese artículo segundo que ahora pesa como el plomo sobre el país al establecer que "el objetivo de la República portuguesa es asegurar la transición hacia el socialismo.»

VII. EL SOCIALISMO EN INGLATERRA

El socialismo inglés había tenido unas características especiales de orientación sindicalista. Sin embargo, no faltan las críticas, basadas en los resultados a que se está llegando por el camino seguido. Alfonso Barra, en su crónica desde Londres publicada en ABC del 21 de junio de 1977, según expresa su título, alude a la CRISPACIÓN LABORAL EN GRAN BRETAÑA. ESTÁ EN JUEGO LA LIBERTAD DEL TRABAJADOR FRENTE A LOS SINDICATOS. De este artículo recortamos los párrafos siguientes:

«El conflicto en el laboratorio fotográfico Grunwick, en la periferia de Londres, empieza el mes de agosto último. La dirección despidió a un obrero y un sector de la plantilla acude al sindicato del ramo, Apex, para organizar la protesta, seguida de una huelga. Ni ese censo laboral pertenecía a la mencionada organización obrerista ni la empresa la reconocía.

»Un sector considerable de los empleados invocaría su de-

recho a seguir trabajando sin afiliarse a ningún sindicato. Lo que está en juego ahora con ese conflicto, el más largo y enconado de la actualidad, es el derecho humano a trabajar sin someterse al imperio de organizaciones que, según la ley, son de carácter voluntario.»

No faltan las presiones:

«Los choques más serios empiezan la semana última. Los piquetes quieren impedir la entrada de los empleados que siguen sin afiliarse al sindicato. Hoy, la policía tiene concentrados a un millar de agentes, y en los últimos encuentros practicó unas 200 detenciones. Hay numerosos heridos y lesionados.

»El chispazo contestatario ha inflamado la imaginación de las organizaciones izquierdistas. Crece el espíritu militante en todo el país y cada día los guardias vigilan las formaciones de los piquetes para que se ajusten a lo dispuesto por la ley. Algo así como los pasos que da el árbitro para medir la distancia entre el balón y la barrera protectora del equipo castigado con un tiro directo.

»El músculo y la epiglotis son protagonistas en esos choques. Constituyen un espectáculo bronco, servido puntualmente todos los días a las cámaras de la televisión. Los micrófonos recogen todas las joyas del léxico contestatario y los vecinos de esa primera línea del conflicto sufren las consecuencias de la violencia.

»En otros países, un problema semejante serviría para desenvainar la faca y sacar la metralleta. En Inglaterra, sólo se emplea el músculo, pero el ritual de la intimidación siembra la ansiedad y la incertidumbre por el futuro del puesto de trabajo.»

Destaca también la crónica alguno de los chocantes resultados producidos:

«El declive de la clase media británica ha sido acelerado y los ingresos en las profesiones liberales quedan mermados hasta el punto que un obrero no especializado gana más que un profesor de enseñanza superior en muchas circunstancias. En la última década la baja de emolumentos ha sido de un 20 por 100 relativo frente a un aumento real del 13 por 100 entre la no siempre sufrida clase proletaria. Las lamentables excepciones, con casos de auténtica necesidad, sirven para disimular que otros muchos viven muy bien sin responsabilidades.»

Consecuentemente:

«La defensa de la clase media ha sido afiliarse a los sindicatos para entrar en fuego. Médicos, enfermeras, catedráticos, profesores, dentistas, periodistas, funcionarios, hacen la competencia a los albañiles, mineros, estibadores, para conseguir arrancar el mayor bocado al cuerpo de la economía nacional.

»Las demandas excesivas de la clase obrera provocan la inflación, y si a ésta se suman las exigencias de sectores de la clase media, el resultado es la superinflación. En la empresa Grunwick se quiere imponer una proletarización químicamente pura que provoca, como la noche sigue al día, la catástrofe económica. No hay mayor enemigo de la civilización que una inflación rampante que destruye por completo a la clase media y sus valores. Queda así la puerta abierta al materialismo del brazo de la corrupción, engendrada por el proceso inflacionista.»

Concretamente, respecto de la política laborista, otra crónica desde Londres del mismo Alfonso Barra, publicada el 10 de septiembre de 1977, con el título DESERTA DEL LABORISMO UNO DE SUS PRINCIPALES TEÓRICOS, y que lleva el subtítulo El socialismo, vacío de ideología, queda a merced del marxismo, nos refiere:

«Acaba de repudiar al socialismo oficial Mr. Paul Johnson, uno de los intelectuales británicos que más han influido en las clases políticas, antiguo director del semanario *The Statesman*, que fue la Biblia de la izquierda en los años treinta. Su acusación: el auge de las corrientes corporativas, en la línea de Mussolini y de la Roma imperial, dentro del socialismo inglés.

»Este adiós al Partido Laborista es exponente de la desilusión de los socialistas puros. Se pregunta Johnson qué se entiende ahora por socialismo, desde que sir William Harcourt, el año 1893, en un discurso fiscal, afirmaba: "Actualmente todos somos socialistas."

»Entiende el disidente que ni Callaghan ni Foot son capaces de definir el socialismo. El control sobre los medios de producción, distribución y cambio se da en la Rusia stalinista y en Estados de factura capitalista. "En África —agrega— hay fórmulas socialistas que no se distinguen de la pura barbarie."»

El dilema, libertad o igualdad, no resulta soluble:

«Trotsky afirmaba que la clase obrera había sufrido una atrofia de individualismo. El británico Aneurion Beyan jamás

vio al socialismo como instrumento de la lucha de clases. "El pueblo no goza de la igualdad de talento y de carácter, pero cada individuo tiene una personalidad y el fin de una sociedad socialista es permitir que la desarrolle y la encuentre."

»Afirma Johnson que el proceso político no ha de perseguir la igualdad y el colectivismo, sino la libertad del individuo. La esencia de la civilización es "tolerancia con espíritu creador.»

Respecto del sindicalismo, destaca:

«Los mandarines sindicales han logrado imponer la afiliación forzosa, y esta conquista es el alfilerazo final que hace vibrar al socialista Johnson.

»"La sindicación obligatoria —dice— es el hierro de Caín que lleva el Partido Laborista en la frente."

»Los grandes temas nacionales son discutidos a puerta cerrada entre el Gobierno, los Sindicatos y, a veces, los empresarios. A espaldas del Parlamento. Y con el arrinconamiento del individuo se anula el espíritu creador.»

Su último epígrafe lo titula BARBARIE.

«Concluye: "Una de las lecciones cristalinas de la Historia es que la transacción con la violencia es letal. Una vez que se tolera un grado de violencia no es posible establecer una frontera defensiva para impedir la caída hacia la barbarie."

»Desde Hobbes y Locke se entendía en Inglaterra que la política es el sustituto de la violencia. "El hombre de la violencia —dice Johnson— encuentra asilo actualmente dentro del laborismo." El epitafio es éste: "La corrupción y el cinismo prevalecen ya sobre los viejos ideales socialistas." Se diría, con Cromwell, que en lugar de estar el socialismo en la escena política para remediar los problemas, se ha transformado en el problema por excelencia. Según Johnson, abre de esa manera el camino de Auschwitz y Gulag.»

EL PRÍNCIPE FELIPE DENUNCIA LA TIRANÍA BUROCRÁTICA, *es el título, y LA TUTELA ADMINISTRATIVA ACABARÁ CON LAS LIBERTADES INDIVIDUALES ANTES DEL AÑO 2000, el subtítulo, de la crónica también desde Londres del mismo Alfonso Barra, publicada en ABC del 30 de octubre de 1977, del que recortamos:*

«Decir verdades a contrapelo de las ideas en boga suele provocar el ruido chillón de los puñales al ser desenvainados. Este concierto es el que rubrican las declaraciones del príncipe Felipe, de una hora de duración, a radio Clyde, una emisora local inglesa. El esposo de la Reina denuncia el desmadre de la burocracia en la sociedad moderna, antesala de una vida sin libertades individuales allá por el año 2000.»

Entre las amenazas observadas por el Príncipe Felipe, señala brevemente:

»El "mercado negro" florecerá mientras decae la actividad mercantil y financiera. Los bienes de consumo adquirirán una calidad estándar y desaparecerán los de calidad superior.

»El sueño de una seguridad social, que recoge al ciudadano en la cama de la parturienta para depositarle en el fétetro, se puede malograr por el precio de la organización. El sistema bordeará los límites de la quiebra.

»Las actividades deportivas y culturales van a ser favorecidas por el Estado como vehículo para desarrollar el prestigio nacional, sin tener en cuenta los intereses de los "gladiadores" y juglares.

»El contenido del sobre de la paga carecerá de importancia porque lo fundamental serán las prestaciones sociales. "La esclavitud —precisa el príncipe Felipe— es un sistema de trabajo dirigido y de beneficios administrados por las autoridades.»

.....
«En cuanto la ley deje de proteger los derechos del individuo, la libertad estará perdida.

»¿Fantasía o visión bien fundada que contempla al individuo como unas siglas y cifras embuchadas en las máquinas computadoras del Estado? Para lord Hallsham —ideólogo conservador— esta sociedad británica va camino de la dictadura electiva, de la mano de la tiranía que impone la mayoría. El príncipe Felipe ve, además, el riesgo máximo: la pérdida de la libertad del hombre para aplicar su talento como mejor le plazca.»

Y advierte Alfonso Barra:

«Decía Solzhenitsyn —una cita mal vista por el progresismo— que el tema de nuestro tiempo no es salvar a Rusia del totalitarismo marxista. Lo urgente es impedir que el llamado mundo libre sufra la misma suerte que Rusia. Orwell oteó los peligros denunciados ahora por el príncipe Felipe.»

Luis Moure Mariño, en DICTADURA BUROCRÁTICA, en ABC del 4 de mayo de 1979, basándose en el folleto "EL SOCIALISMO Y EL NUEVO DESPOTISMO", de R. H. S. Crossman, explica:

«Todo socialismo implica intervención y planificación económica. Y para controlar la economía hacen falta millares de burócratas. Después, como la máquina socialista no funciona —porque falta el estímulo individual, por aquello que dicen en mi tierra de que "vaca de muchos, bien ordeñada y mal alimentada"—, como la máquina se traba y no rinde, surge la desconfianza respecto de los vigilantes, a los cuales se nombra otros vigilantes, y así se genera la plétora burocrática, cual cadena de vigilantes que, a su vez, vigilan a otros vigilantes.

»Este sino del socialismo de general burocracia, ha sido expuesto con cruda franqueza por uno de los más destacados intelectuales del laborismo británico —R. H. S. Crossman, en un folleto titulado EL SOCIALISMO Y EL NUEVO DESPOTISMO—, donde nos confiesa que "el socialismo implantado por los socialistas al asumir el Poder permitió descubrir que implicaba el establecimiento de enormes organismos burocráticos; una burocracia centralizada que constituye una grave amenaza para la democracia". No se trata solamente de que con el socialismo disminuya la producción; no se trata únicamente de que desde arriba resulte imposible planificar las necesidades del mercado —defecto que, según Mises, hace al socialismo inviable—, sino de que —y esto lo escribe Hayek en su soberano libro *Los fundamentos de la libertad*—, "el socialismo implica la implantación de un orden jerárquico arbitrario, casi infranqueable para ascender de un escalón a otro, por lo que con su plétora burocrática, en lugar de la mayor libertad prometida, origina un nuevo despotismo: el despotismo de la burocracia".»

Comentando el libro de Patrick Hutber: LA DECADENCIA Y LA CAÍDA DE LA CLASE MEDIA, en ABC del 14 de noviembre de 1976, en su habitual crónica desde Londres, también Alfonso Barta, con el mismo título y con el subtítulo ESTE PROCESO HA DEBILITADO EL PROCESO NACIONAL DE CREACIÓN DE RIQUEZA, refiere:

«Cada día, como los pulverizadores de la época del *Nouveau Art*, la Administración laborista lanza alguna fumigación contra la clase media. Ahora es el alza, entre el 15 y el 30 por 100, de los penosos impuestos municipales, que abonan principalmente

los propietarios de sus viviendas. Y el alza insoportable de los honorarios escolares, de los medios de transporte y de los servicios públicos en general.

»Lo dijo Lenin: "Con el capitalismo tenemos un Estado, en la propia acepción de este término, que es una máquina para que una clase elimine a otra." Al parecer, esa tarea está ahora en desarrollo, pero a contracorriente. No es el burgués el devorador del proletario.»

Consecuentemente:

«Tan agudo es el problema que pocos días pasan sin algún análisis serio. Hoy es el libro *La decadencia y la caída de la clase media*, por Patrick Huther, periodista del *Sunday Telegraph*.»

«No hay espíritu de defensa en la clase media británica. Muere con la serenidad del aristócrata francés en la guillotina: abrumada por los impuestos y vilipendiada», dice el autor del libro.»

Ello repercute en la mayor fuerza de los grupos sindicales:

«La consecuencia inmediata es el poder absoluto que van conquistando los grupos sindicales de presión. No hay fuerzas para contrarrestarlo, y con la decadencia de la clase media se debilita también el proceso nacional de creación de riqueza.

»¿Qué factores impulsan esa marcha hacia la extinción? La presencia de la clase media es el culto al individualismo, y no suele estar dispuesta a emprender acciones colectivas.»

«Hay otro elemento letal: la inflación. Un elevado índice de inflación y la clase media son fuerzas enfrentadas. No hay elemento más corrosivo de aquellos grupos sociales que varios años de encarecimiento de la vida a rienda suelta. Este proceso distingue ahora a la sociedad británica y a otras.

»En Inglaterra, un tercio de la clase media apoya con su voto al socialismo. No hay ejemplo parecido de altruismo y de espíritu de autodestrucción. El Partido Laborista, servidor de la lucha de clases, con una política dictada por los sectores encuadrados en los Sindicatos, ya no puede ser puerto y refugio.»

»¿Qué semblante presentará el Reino Unido y sus institu-

ciones cuando la lucha de clases concluya por falta de adversario? Mr. Hutber viene a decir que no es preciso un derroche de imaginación para vislumbrarlo entre los celajes de un socialismo monolítico.»

Las nacionalizaciones y la seguridad social tampoco escapan a las críticas.

LA MAYORÍA DE LOS BRITÁNICOS SE OPONEN A LAS NUEVAS NACIONALIZACIONES, es el título de otra crónica desde Londres publicada en ABC del 22 de octubre de 1978, de la que tomamos el recorte siguiente:

«El 76 por 100 de los electores entiende que nuevas nacionalizaciones no sirven al interés de Inglaterra. Un 67 por 100 repite que la propiedad pública de industrias y de sectores económicos no ha constituido nunca un éxito.

»La ampliación sistemática del sector público, sueño gozoso de cualquier equipo socialista, ha supuesto en Inglaterra demostrar, por contraste, el fracaso casi general de las empresas nacionalizadas frente a los aciertos crecientes de las que siguen en el sector privado. Todo esto con las excepciones que confirman la tendencia general.

»COSTES.—En 1955, el gasto público en el Reino Unido representaba el 40 por 100 del producto nacional bruto. En 1975 suponía el 60 por 100, respaldado por un déficit presupuestario de 22.000 millones de dólares.»

EL CONTRIBUYENTE BRITÁNICO, DESCONTENTO CON SU SEGURIDAD SOCIAL, es el título que ABC del 24 del mismo mes y año pone a la crónica de Alfonso Barra desde Londres. En ella leemos:

«El contenido del informe correspondiente al último ejercicio del Seguro de Enfermedad precisa que por cada ciudadano británico, mujer u hombre, niño o persona que ha rebasado ya el "cabo de la buena esperanza", la Seguridad Social desembolsa 400 libras cada año, es decir, 60.000 pesetas. El total de ese presupuesto asciende a 6.927 millones de libras, más de la mitad del nuevo presupuesto de gastos del Estado español.

»Admite Mr. David Ennals, ministro del ramo, que no ha podido ser eliminada la diferencia de calidad entre los servicios asistenciales para las clases medias y los que reciben sectores sociales menos favorecidos por la fortuna.»

«El informe destaca algunos aspectos de la Seguridad Social:

»1. Aumento rampante de recetas hasta alcanzar los 300 millones anuales, que cuestan 83.000 millones de pesetas.

»2. Descontento generalizado en los centros de maternidad.

»3. Reducción inquietante del número de enfermeras que aspiran a algún puesto en servicios del Seguro.

»4. De cada cinco niños, cuatro no están vacunados contra la tos ferina.

»5. Empeoramiento de las relaciones entre médicos y otras escalas de la plantilla.

»6. Las autoridades han incoado 26.000 demandas por fraude al Seguro. El porcentaje de las condenas es el 98 por 100.»

VIII. LA SOCIALDEMOCRACIA SUECA

En las ILUSTRACIONES CON RECORTES DE PERIÓDICOS que publicamos en VERBO 169-170, recortamos unas respuestas de Tage Lindrom que mostraban el "nuevo totalitarismo", ya denunciado años atrás por Roland Huntford (cfr. VERBO, núm. 150, págs. 1479 y sigs.). Por eso, no insistiremos en ese tema y nos limitaremos principalmente a referirnos a las vías de salida que se aventuran o propugnan.

En el número 519 de noviembre de 1976, INFORMACION COMERCIAL ESPAÑOLA publicó el informe de Celso Fornies titulado SUECIA, del que transcribimos completo el texto de dos de sus epígrafes.

Uno, titulado COLECTIVIZAR LA ECONOMÍA:

«La cogestión y la colectivización son dos temas polémicos que cada vez con más insistencia han sido debatidos en el *Riksdag* (Parlamento). Su impulsor es obviamente la LO, que viene insistiendo desde hace tiempo en la derogación del artículo 32 del Convenio de Saltsjobaden. Con ello se conseguiría que no fuese sólo el empresario el que tomase las decisiones respecto a la producción. El empresario tendría que negociar sus decisiones con el sindicato, es decir, con los representantes de los trabajadores, que para ello habrían de tener entonces perfecto acceso a los documentos de la empresa.

»Además de esta ponencia, se traza en la LO otro proyecto a más largo plazo, que se puede denominar como "la colectivización sin traumas". El plan es obra del economista sindical Rudolf Meidner, quien opina que, según el proyecto, los medios de producción pasarían a los trabajadores tras un proceso que iniciándose en 1980 se vería culminado al cabo de veinte años.

»El proyecto, que lleva el nombre de *Löntagarfonder* (Fondo de asalariados), plantea que toda empresa destine parte de los beneficios, entre un 15 y un 20 por 100, a ese fondo colectivo de los asalariados. El Fondo no se repartiría, sino que se iría transformando en acciones de la empresa, siendo el colectivo de los trabajadores su propietario. Un representante sindical de los trabajadores representaría a éstos en la junta directiva de la empresa.

»Una empresa de beneficios estables habría traspasado todas sus acciones al fondo de asalariados en unos veinte años.

»Meidner añade que la estructura de la empresa se mantendría invariable, ya que el dinero destinado a esos fondos no saldría de ella. (Incluso estos fondos de asalariados no habrían de ser grabados fiscalmente.) Si la norma se aplicase a empresas de más de 50 trabajadores, el 75 por 100 de los trabajadores del país llegarían a tomar parte en la colectivización de sus empresas.

»El informe descuida, o mejor, deja poco explícito, algunos puntos importantes, que han servido de base a sus detractores, en especial la SAF, para atacarlo duramente. Estos, brevemente expuestos, son:

»1. ¿Cómo se organizarán y manejarán los "Fondos de los asalariados"?

»2. ¿Qué sistema se seguiría para representar a los trabajadores una vez logrado el control total?

»3. Si los sindicatos representasen allí a los trabajadores, ¿no se daría un enfrentamiento entre éstos y el sindicato?

»4. ¿No supondría esta colectivización una concentración de poder en manos de los dirigentes sindicales?

»5. ¿Cómo podría conseguirse capital para empresas arriesgadas, que son muchas veces las que obtienen mayores beneficios?

»6. ¿No se produciría un estrangulamiento en las inversiones?

»La crítica principal que se le hace a Meidner suele ser la de que el poder seguiría concentrado en unas pocas manos. En este caso pasaría a las de los dirigentes sindicales. Así, el obrero individual no se beneficiaría ni económica ni socialmente (*Fäll-din*), ya que no percibiría dividendos, ni en realidad controlaría la empresa.

»Obviamente, la polarización de la SAF y la LO respecto a estos proyectos, es clara, y, curiosamente, la SD no se ha de-

finido al respecto, a pesar de que la interrelación LO y SD es prácticamente total. (El partido SD tiene su apoyo fundamental en que todo miembro de la LO suele ser miembro de él.)

»Y, finalmente, aparte de estos dos proyectos de la LO, se ha criticado reiteradamente las medidas que se han ido tomando para incrementar la participación del estado en la industria manufacturera. Las críticas se referían a la ampliación de la planta de acero estatal, NJA, en Lulea. Y también a la utilización de los Fondos para Pensiones en la compra de acciones igualitarias en grandes industrias, tales como Volvo. Los críticos apuntaban que esto último era una auténtica "nacionalización" por la "puerta de atrás". Que estas inversiones no se hacían para sacarle una rentabilidad necesaria a los Fondos de Pensiones, sino como un nuevo tipo de control de esas empresas por parte del gobierno.»

Otro, titulado **EL CAMBIO POLÍTICO:**

«Suecia sigue siendo el símbolo de la prosperidad y de la justicia social. Los suecos no parecen estar decepcionados por su Estado-Providencia. La seguridad de empleo, la economía expansiva, la posibilidad de estudios para cualquier obrero, la gratuidad de las prestaciones médicas, etc., son ventajas nada despreciables que el ciudadano sueco ha conseguido tras cuarenta y cuatro años de SD, ¿qué es lo que ha producido el cambio? ¿Por qué este giro?

»No es fácil dar una respuesta, y menos una sola razón. Parece ser que el ciudadano medio se ha sensibilizado contra su gobierno SD por varias razones:

- La tiranía fiscal. Para atender el Estado-Benefactor mejor del mundo, el sueco tiene la mayor presión fiscal conocida.
- Una burocracia pesada y en expansión. El fisco no es más que un aspecto de la máquina. Una gran máquina tentacular y omnipresente, que afecta a toda actividad ciudadana.
- La creciente socialización de la economía, que ha terminado por crear miedo. Proyectos inquietantes, como la desaparición del derecho de herencia, la discusión pública sobre la municipalización de los suelos. (El sueco medio teme por la suerte de su *stuga*, casa del bosque.)
- El plan Meidner, que la SAF califica de "pura y simple confiscación".
- La controversia sobre las centrales nucleares para un ciu-

dadano sensibilizado por los problemas ecológicos. Más sensible a la calidad de la vida que a los avances industriales. — Por último, podría apuntarse un deseo de cambio en el ciudadano sueco, motivado por la incertidumbre de un previsible giro de la SD hacia posturas más radicales, combinado con una cierta atracción por la novedad.

»Los nuevos gobernantes electos, la coalición burguesa, declaran, por ahora, que lo que intentarán será romper, paso a paso, la enorme concentración de poder que se ha creado estos últimos decenios, para que los ciudadanos puedan influir de una manera directa en las decisiones que les afectan. El *slogan* quizá sea "la descentralización".»

A su vez, PERSPECTIVES, del 8 de junio de 1978, ha publicado un comentario de J. Krym, titulado LIBERALISMO Y SOCIALISMO, UN MISMO COMBATE, del que a continuación reproducimos, traducidos, los párrafos más salientes.

«Entre un liberalismo al que se asesina, se denigra y se moteja, sin que acabe de morir, y un socialismo que no acaba de lograr un rostro humano, bajo máscaras de flores, no se puede permanecer indiferente ante las exploraciones de quienes, deplorando la "alternativa maniquea" del todo o nada, pretenden inventar, generosamente, según W. Röpke, un gran medio utópico, una tercera vía, un *dritte weg*, sobre todo cuando estas investigaciones son proseguidas en un país que, en tiempos, se presentó como un modelo de virtudes económicas.

«Esta es la razón de que las ideas del economista sueco, señor Gunnar Adler-Karlsson hayan llamado nuestra atención, por un momento. Este antiguo ayudante del señor Gunnar Midlar, Premio Nobel de 1974, parece que cree posible la coexistencia (ya veremos el porqué no se puede tratar de una unión) de las ventajas económicas y morales de uno y otro modelo de sociedad, y publicó, para hacer compartir sus ilusiones, una pequeña obra con un título modesto: *Pensamientos en relación con el pleno empleo*, en la que, en realidad, propone otro tipo de sociedad.»

«Una investigación semántica avanzada sobre el concepto trabajo, condujo al señor Adler-Karlsson a un descubrimiento chocante: Se trata de que el trabajo no constituye una noción unívoca, sino una noción compleja. Según los casos, es un placer,

una ocupación o una necesidad. Esto le conduce a observar que cada uno intenta descargar su faena sobre el vecino (cree poder afirmar, un poco sumariamente, que, colectivamente, se produce la descarga sobre los trabajadores inmigrados); cree que, desgraciadamente, cada uno debe aceptar el cumplimiento de un trabajo mínimo necesario para asegurar sus necesidades materiales básicas y, en fin, que todos desearían trabajar exclusivamente por su placer.»

«Esta aproximación original podría conducir a los niños mimados (y tan envidiados) de Suecia hacia un decisivo y nuevo progreso humano: una sociedad económica "a la carta". A cada uno según sus necesidades, es decir, según la elección que cada uno haga, libremente, en el menú del consumo. En consecuencia, ya sólo habría que trabajar en función de su apetito de consumidor: varios coches por familia o de ocasión, televisión o no, confort en el hogar o servicios comunales, matarse trabajando o disfrutar del tiempo a su gusto, según pretendan.»

«Desgraciadamente, en la hipótesis de A. K., esta libertad no podría consumirse toda en el ocio, porque, a pesar de todo, se impondría el asegurar las necesidades del Estado y, en consecuencia, trabajar, por lo menos a un nivel mínimo, para este Molock. ¡Qué faena! Habría que consagrar, además, cierto número de horas para su propio mínimo vital ¡Qué necesidad! Sin embargo, según que se hubiese elegido un nivel de vida de la mitad o del tercio del actual (naturalmente, en Suecia), la duración del trabajo podría quedar reducida a diecisiete o doce años, en vez de treinta y nueve como ahora. ¡Qué placer! ¿Quién no suscribiría la reducción del tiempo de trabajo, siempre que se conservasen las mismas ventajas pecuniarias? Pero eso es, justamente, lo que no nos propone el señor A. K. Sin preguntar en qué se convertiría entonces la riqueza de los países ricos, con el trabajo y el consumo reducidos, se puede preguntar qué harían los ciudadanos liberados con sus ocios y sus esparcimientos. ¿De qué bienes se rodearían, con qué dinero los compraría? Porque el bienestar cuesta. En Francia, Gran Bretaña o Italia, no todo el mundo se satisface con el disfrute de estar en el barrio de *Notre Dame*, en la Plaza de Trafalgar o en la Plaza Navona.

»Este nuevo paso, inestimable en la libertad individual, im-

plicaría una modificación del aparato económico. Como hombre imaginativo, el señor A. K. tiene la visión en dos sectores: uno, el de la necesidad; el otro, el de lo superfluo. El primer sector estaría exclusivamente al servicio de las al servicio de las necesidades del poder público y de las necesidades materiales básicas de los individuos. Los medios de producción de este sector serían propiedad del Estado. Para defenderse de las tentaciones mercantiles capitalistas, para asegurar su moralidad y su pureza, este sector debería quedar "estanco" para la corrosiva moneda. Los ciudadanos sólo podrían adquirir los productos de origen estatal por medio de una carta de compra, no transmisible y no usable por otras personas (el señor A. K. piensa en todo).»

.....

«Pero como el señor A. K. es socialdemócrata, y en ningún caso colectivista, no suprime el sector liberal. Se autorizará toda forma de empresa, pero solamente para la satisfacción de los aficionados a lo superfluo y en los esparcimientos. Si existieran ciudadanos que deseen disfrutar de lujos, serían libres de crearse rentas accesorias, ocupándose en empleos provisionales, pero solamente en el sector de lo superfluo. No se puede dejar de elogiar a un economista que se distingue de los otros por su imaginación, y que sabe, en el papel, construir un modelo económico con dos sectores: uno, estatal, para espíritus libres, y un sector libre, para consumidores alienados.

»Advirtamos, sin embargo, que el señor A. K. reconoce, con prudencia, que sus proyecciones tienen un aspecto utópico. Utopía por utopía, en el género frugal, preferiríamos "la leyenda del buen salvaje"»

En definitiva:

«Se trata de una cuestión de la misma naturaleza de las que planteaban la publicación de las proposiciones intercambiadas en Francia entre el presidente de la República y el señor J. Moch, con ocasión de la crisis ministerial de 1952. Proposiciones caritativas, mejor aún, generosas, pero desprovistas de todo comentario de aplicación práctica:

J. Moch: Y es preciso llegar al pan gratuito.

V. Auriol: Todo esto está muy bien y puede lograrse en un régimen socialista.

»A este objetivo del pan gratuito cualquier alma generosa se habría adherido en período de dieta. Pero este no era el caso en 1952. Hubiera sido deseable que sus promotores hicieran comentarios. Las memorias del señor Vincent Anriol autorizaban a todos a preguntarse sobre el contenido de la gratuidad. ¿Sería el pan gratuito para todos? Sin duda alguna. Pero, después, podría preguntarse: ¿Adónde alcanzaría la gratuidad? ¿Y para quién? ¿Qué contenido tiene este *quantum* caritativo? El pan..., la carne... ¿acaso toda la alimentación? ¿Por qué, con el desarrollo económico, detenerse en un camino tan bueno? El alojamiento, los fluidos inseparables de la vida urbana (agua, electricidad, el coche (con cilindrada creciente según la familia), las diversiones, el yate. ¿Por qué no?

»El sueño es generoso: un bocado de pan que desemboca en un yate. En un régimen socialista como el de pleno empleo capitalista. Y la serpiente se muerde la cola.»

En fin, para concluir, recortamos de ABC del 28 de mayo de 1978 la reseña BALANCE DE VEINTICINCO AÑOS DE EXPERIENCIA SUECA. LA MEDICINA SOCIALIZADA HA TERMINADO CON LA RELACIÓN MÉDICO-ENFERMO. HA AUMENTADO EL PARO PROFESIONAL, HA HECHO DISMINUIR EL RENDIMIENTO LABORAL Y HA BUROCRATIZADO LA ASISTENCIA.

«Hay grandes diferencias entre las soluciones adoptadas por los distintos países, y así como las ventajas de la socialización médica son aireadas por los Gobiernos que la han implantado, sus inconvenientes son menos conocidos. Con el fin de contrastar los pros y contras del avanzado grado de socialización médica implantado en Suecia durante los cuarenta años de Gobierno socialista, se celebró hace dos años en Chicago una reunión organizada por el Centro de la Administración de la Salud de dicha Universidad. Los inconvenientes del sistema, para el que según sus promotores no existía otra alternativa, fueron considerados por éstos como "un canto nostálgico" a la antigua medicina tradicional, y están publicados por el doctor G. Biörck en la revista americana *Annals of Internal Medicine*, 86:813, 1977.

»En esencia, el Gobierno sueco consiguió convertir a médicos y enfermeros en funcionarios, aboliendo la competitividad del "libre mercado", que no encajaba en el esquema socialista de un servicio público. El resultado ha sido la disminución de rendimiento y del interés profesional y científico por parte de

los médicos y en una excesiva burocratización exigida por la exagerada regulación de prácticamente todas las actividades médicas. Se ha perdido el derecho por parte del enfermo de elegir a su médico y la intimidad de la relación entre ambos. Ha desaparecido el concepto hipocrático de la medicina, mantenido durante siglos sobre las bases de libertad intelectual, integridad personal y respeto por el individuo, valores no apreciados por muchos médicos jóvenes que tratan de encontrar una salida para los problemas del mundo actual, integrándose en el "colectivo" como médicos obreros.»

En el período transcurrido:

«Aumentó cuatro veces el número de estudiantes y de escuelas de medicina, con lo que se llegó al paro médico, y fue preciso crear múltiples comisiones para programar el número de especialistas y proporcionar puestos de trabajo, burocracia innecesaria anteriormente cuando todo esto se autorregulaba. Al perderse la cohesión entre los médicos, el Estado pudo imponer su criterio.

»Deshizo la relación privada médico-enfermo aboliendo la posibilidad de elección del médico, las habitaciones privadas en los hospitales y la ayuda estatal a los enfermos que no consultasen con los médicos de la Seguridad Social, a los que se impidió ejercer libremente su profesión, aunque no otras actividades, fuera de sus horas de trabajo asalariado. El resultado fue *disminución del trabajo* y aumento exagerado de las listas de espera de las consultas con derivación de muchos enfermos hacia los servicios de urgencia, que se vieron sobrecargados.»

A juicio de Biörck, son de destacar varios pasos dados, que enumera, y de los que entresacamos los que creemos más salientes:

«Prohibir la actividad profesional fuera de la jornada laboral; no se limita al trabajo de los curanderos, pero sí que los médicos ejerzan bajo ese nombre.»

»Aumentar el número de médicos excesivamente para reducir sus ingresos y nivel de vida.»

«Centralizar la formación de postgraduados y abolir la libre elección de especialidad.»

«Introducir la dirección política de universidades, escuelas de medicina y organizaciones de ayuda a la investigación.»

«Abolir los diferentes niveles y grados en los estudios para restar importancia a los méritos profesionales en la selección para puestos futuros de trabajo.»

«Socializar y regularizar la producción y distribución de los medicamentos.»

«Almacenar toda la información sobre los enfermos en una computadora general-nacional.

»De esta forma, se ha ido consiguiendo terminar con una profesión libre, para hacerla semejante a la de los países del este de Europa.»

Patrón: el Estado, *es el subtítulo con que concluye el artículo.*

«En la vieja medicina, el enfermo era el cliente y el patrono del médico. En la medicina socialista el patrón es el Estado, que impone las condiciones de trabajo no limitándose al horario, salarios y tratamiento farmacológico, sino que también invade el territorio de la relación médico-enfermo. La integridad del médico adscrito a este sistema dependerá de sus posibilidades para ejercer su profesión fuera de él si encuentra inaceptables las condiciones de trabajo y la estrategia socialista tiende a cerrar esta posibilidad en Suecia. Es muy posible que lo consiga, ya que los médicos actuales no han conocido el ejercicio liberal del arte médico.»

¿Ocurre esto tan sólo en Suecia?...